



Donde ha habido un aficionado, ahí he estado.

Texto y foto: Lisandra Gómez Guerra

TODAVÍA guarda con nitidez absoluta aquel día en plena calle de Cabaiguán, donde encontró a un jovencito vestido de verde, listo para cursar su etapa de Servicio Militar. Al mirarlo de arriba abajo no dudó en darle una sugerencia que estaba seguro que le cambiaría la vida.

“Enderece su camino y vaya a hacer la prueba para optar por la especialidad de Artes Plásticas en el Instituto Superior de Arte”, insistió.

Lo conocía demasiado bien, pues había sido su alumno en la escuela rural Israel Reyes, ubicada al pasar el puente de Zaza del Medio. Y tal vez en ese minuto, Mario Félix Bernal logró

Maestro de generaciones

Mario Félix Bernal, Premio Nacional Olga Alonso e instructor de arte durante cuatro décadas, revela interioridades de su vida, íntimamente ligada a la cultura

apresurar el destino de uno de los pinceles más importantes de Cuba: José Perdomo. Su olfato como instructor de arte jamás le ha fallado cuando capta un “talento en bruto”.

“Anécdotas como esa tengo miles. Están incluso quienes de una forma valiente me agradecen porque yo les dije que no podían ser artistas y hoy son ingenieros, médicos... Me anima sobremanera escuchar la frase: Usted fue mi profesor”, dice como carta de presentación este guayense, quien durante más de 40 años ha laborado como instructor de arte.

¿Por qué esa profesión y no dedicar tiempo a otra labor dentro del propio panorama cultural?

“Primero porque ser instructor de arte es un privilegio. Nace de una vocación y además resulta una escuela, ya que se aprende de cada uno de los aficionados. Tienen un mundo particular que te lo revelan poco a poco. Por ejemplo, un niño te dice: ‘Profe, ¿por qué esto no puede ser así?’, y te percatas de que desde aquel grado de inocencia te presenta una verdad que hubieses demorado años en descubrir”.

Graduado como técnico en Pintura, Rótulo y Decoración en La Habana, incursionó tras su graduación como director de montaje y exposiciones en la otrora región de Las Villas. Gracias a ese roce constante con los artistas comenzó a recorrer su propio camino en la creación y luego apostó por el estudio de la especialidad de instructor de arte.

“Nací con aptitudes para la pintura. Desde tercer grado andaba con una acuarela y pinceles en las manos. Luego, los esfuerzos fueron mayores, pues compartí, durante cinco años, esos estudios con los de la Licenciatura en Filología en la Universidad Central Marta

Abreu de Las Villas”, alega, quien no olvida las tardes en que su amigo Fayad Jamís detuvo su arte para compartir junto a él una taza de café.

Cada palabra de Mario Félix es acompañada de unos ojos claros que se abren para destacar los mejores vocablos que se acomodan a su vida. Esos que enseñó en sus primeros años en las escuelas de la enseñanza especial Teresita Gálvez y Efraín Alfonso de la ciudad del Yayabo, posteriormente tocaron otras, incluso el hospital psiquiátrico, un hogar de ancianos y la prisión.

“Luego de mi graduación, comencé a recorrer los caminos tradicionales de un artista. El taller de Guayos fue especial porque allí conocí a una familia. No teníamos hora, pues cuando los obreros salían del central en los turnos de la madrugada iban para allá y comenzábamos a crear”.

La pintura ha sido otra de sus fieles escuderas...

“Todo el tiempo. Muchas consultas de carácter espiritual las hago a mis propias obras. A veces tratan de vencerme y yo dialogo con ellas. Hay cuadros que se resisten y entonces los pongo contra la pared y a los 15 días los retomo y les digo: ahora sí eres mío. Puede ser fantasía, pero es mi relación más íntima. Han existido muchos cuestionamientos de por qué no me dediqué exclusivamente a la pintura y solo encuentro una respuesta: porque quería estar al lado del aficionado.

Ese mundo ha sido subvalorado por muchas personas. A su juicio, ¿a qué se debe esto?

“El propio artista aficionado no se da su valor. Muchos de ellos son mejores que los profesionales. Incluso, en la comercialización se evidencia. Tienen que creérselo”.

Quienes han compartido con Mario Félix, además de reconocer su sello en cada cuadro y métodos para que aprendan los que se inician, lo evalúan como un hombre con un verbo fino.

“Nací en Guayos. Respiro eso —admite—. Busqué la originalidad hasta cierto punto e identidad. No puedo hacer un trabajo, por ejemplo, de sus parrandas en una casa tomándome una taza de café cuando hay un tablero de 12 minutos de quemadura. Siempre digo la verdad, sin herir a nadie. Por mucho lirismo y encanto que tengan los ojos de otra persona yo sabré resistirme para comprenderla y aquilatarla”.

La Casa de Cultura Osvaldo Mursulí de la ciudad del Yayabo se ha convertido en su segundo hogar. ¿Deudas para con ella?

“Siempre las tendré porque espero que un día sea la mejor casa de esta ciudad, donde todo el mundo vaya a festejar sus alegrías, para que escojan ángulos para sus fotos que aún no están preparados, que sea exclusiva, transparente y que con su bandera diga: Soy la Casa de Cultura. Ahí están mis compañeros. Mi mujer me dice que allí lo único que me falta es la cama. Pero ese es mi refugio, me reúno conmigo mismo”.

¿Satisfecho?

“No. Nunca lo estaré porque ahora tengo una ambición más grande y no me cuesta nada: salir a caminar todos los días por la ciudad, saludar a los amigos y saber que tengo un taller para crear”.

Recientemente anunció que se retirará de la vida profesional. ¿Cansancio o descanso obligado?

“Diría mejor que necesito un espacio para realizar algunos cambios. Saldré de las reuniones de la cultura científica, pero tomaré otros senderos que no había repasado. Voy a seguir al lado de los aficionados. Me he estado preparando para ello”.

La luz de Maikel

Otra vez retoma los caminos de diversos mundos fantásticos. Regresa a las páginas impresas con el propósito de llamar a la reflexión sobre situaciones tan cercanas como la vida misma. Gracias a ese don de fabular sin ataduras y por el dominio de la técnica narrativa, Maikel Rodríguez Calviño mereció el lauro en la modalidad de Literatura para niños y jóvenes del Premio Calendario.

En esta ocasión, ese joven escritor espiritual recibió el galardón literario más importante de la Asociación Hermanos Saiz (AHS) por su texto *La isla iluminada*, que presenta nueve cuentos, donde sus protagonistas, niños y niñas, tejen historias cotidianas.

“De manera divertida y jocosa hablo de diversas temáticas como la construcción de identidades; la violencia escolar, conocida como *bullying*; las necesidades de autoaceptarse y autoconocerse y cómo a partir de allí se pueden generar relaciones con las demás personas; problemáticas relacionadas con la emigración y la amistad; así como la capacidad que tenemos de convivir en un entorno familiar disfuncional”, expresa.

Para Rodríguez Calviño uno de los grandes sueños es que cuando ese texto salga a la luz, en la venidera edición del mayor suceso cultural cubano por la Editora Abril, cada uno de sus vocablos comparta espacio con ilustraciones de su propia autoría.

“Hace mucho tiempo que no dibujo, pero me encantaría que para *La isla iluminada* se logre. Con anterioridad publiqué ilustraciones para diversas revistas como *Extramuros*, portavoz del Centro Provincial del Libro y la Literatura de La Habana”, añade.

En el 2016, su novela *Cerezas al óleo* mereció mención en la misma categoría de este año por la caracterización certera de

cada uno de sus personajes, una historia con ciertos vicios de terror gótico, que transcurre en Sancti Spiritus y se relaciona con la obra pictórica de Oscar Fernández Morera.

Además del importante galardón, Maikel Rodríguez Calviño ha sido noticia en la XXVI edición de la Feria Internacional del Libro de La Habana por la publicación de otro de sus volúmenes: *Fantasmacromía*, gestado por Ediciones La Luz, sello de la AHS en Holguín, como premio por haber obtenido la Beca de creación literaria La noche 2014.

“*Puertas de papel*, el que salió a la luz ahora y *La isla...* son mis tres libros de cuentos. Cada uno se desprende del anterior y en ellos trato de una forma muy particular lo que a mi juicio le preocupa al público infantil. Lo que en sus páginas se analiza desde una perspectiva diferente porque he

evolucionado como escritor”, relata.

Fantasmacromía está integrado por 14 narraciones breves fantásticas y de terror y debe su nombre a una de las historias que cuenta la vida de un fantasma niño que decide pintarse con muchos colores. Por esa razón es juzgado por personajes como el fantasma de Canterville, de Oscar Wilde, y María Antonieta, decapitada, quienes no aceptan la violación de las normas establecidas.

El currículo de Maikel Rodríguez Calviño exhibe no solo esos lauros, sino el Premio La Edad de Oro 2011 por *Puertas de papel* y la publicación en editoriales nacionales como Gente Nueva. Sin dudas, tantos éxitos lo conducen por el camino certero para cumplir uno de sus grandes anhelos: ser un escritor con la capacidad de llegar a muchas personas. (L. G. G.)



Maikel conquistó el Premio Calendario en Literatura para niños y jóvenes.

Foto: Roberto Garaicoa

Entregan hoy Premio Olga Alonso

La XXIV edición del premio se realizará por vez primera fuera de la capital del país

En homenaje a Olga Alonso, emblemática instructora de arte que nació el 18 de febrero de 1945, el Consejo Nacional de Casas de Cultura otorga cada dos años su máximo galardón, dedicado a esos profesionales de la Cultura.

En esta oportunidad, la XXIV ceremonia de premiación tendrá lugar en Sancti Spiritus por ser una de las provincias con mejores resultados en el trabajo de los instructores de arte, máximos responsables de fomentar el desarrollo cultural en las diferentes comunidades.

Por ello, se ha pactado el encuentro para las 5 de esta tarde en el Teatro Principal de la ciudad del Yayabo, donde se reconocerá la labor de la espirituana Florentina Luisa Pentón Arnalich, formadora de varias generaciones de músicos, tanto en el territorio como en

la República Bolivariana de Venezuela, donde cumplió misión internacionalista; el teatrista avileño Juan Alberto Iglesia Sierra y Néstor Olazábal Martínez, bailarín y coreógrafo camagüeyano.

Luego de analizar 36 expedientes de todo el país, el jurado, integrado por reconocidas personalidades de la Cultura cubana, seleccionó a esos instructores de arte para que recibieran el lauro, por constituir los de más destacadas trayectorias y constancia que les han permitido obtener resultados relevantes.

Igualmente, el Consejo Nacional de Casas de Cultura decidió distinguir por la obra de toda la vida al artista de la plástica y coordinador del proyecto cultural Comunidad Artística del Yeti, Agustín A. Villafaña Rodríguez, quien lo recibirá en los próximos días en La Habana.

(L. G. G.)